

## Síndrome de Stendhal montañoso

"Dime algo y lo olvidaré, enséñame algo y lo recordaré. Pero hazme partícipe de algo y entonces, lo aprenderé." -Confucio-



Día uno de enero de 2015, era mi intención, en esta fiesta pagana, buscar una *cumbre minimalista*, de las pocas que quedan sin contaminar por aquéllos que se empeñan en evangelizar las montañas. He querido brindar a mi manera por el nuevo año, subido entre el Remelendi y Mampodre al Pico Lago o Pico Pinar, aseQUIBLE atalaya que debe su nombre a las lagunas de su base sur y a la joya de la flora ibérica, el pinar de Lillo, del cual es su centinela. Yo le he rebautizado además -para mí-, como *Pico Brillante* pues por su cara oeste, nevado, es un auténtico espejo de hielo.

Me encuentro en el Parque Regional de los Picos de Europa, entre el Esla y el Porma (Concejo de Valdeburón y Puebla de Lillo, respectivamente), y próximo al límite entre los asturianos Parque Natural de Redes (y su Nalón) y del Parque Natural del Ponga (con su Sella).

Por sus vistas, es quizás el mejor monte que he ascendido hasta ahora, aunque se tienen que dar una serie de variables que coincidan, tal como días despejados, para que desde el Pico Lago disfrutemos de una de las mejores y más completas panorámicas que se pueden tener desde una cumbre: enorme vista de los Montes de León (de los parques naturales citados, hasta San Isidro), Picos (Cornion, Urrieles), Fuentes Carrionas y mucho-mucho mar.

Hay nieve, ese bien escaso, y además luce el sol. Dada la estación en la que estamos, puedo decir que es todo un lujo, todo un espectáculo, auspicio del frío venidero, aunque "Enero es caballero, como entra sale", dice el refranero. Si no fuera por la estela que marcan mis raquetas en la apretada senda blanca, diría que hoy es uno de esos días de septiembre con la melancólica brisa otoñal y su paraje caramelizado. Hasta algún pájaro despistado me ofrece un concierto gratuito de trinos orquestado con el susurro de los arroyos.

La subida es pindia y laboriosa entre la maleza pues no se aprecia la senda. Y es que a nadie se le ha ocurrido inventar un '*Escobalímetro*' - aplicación georreferenciada para esquivar estos arbustos, que tanto agradeceríamos los montañeros.

A veces me entretengo a tomar notas, como un '*Hombre Orquesta*' (sujetando mapas, bolsas, libretas, bastones, piolet, gps...) ¡Y encima me olvidé de silenciar el móvil y no me resisto a consultar sus toques! Pero es preciso ir haciendo acopio de sensaciones y de toda la información posible para después contar, y si ha lugar, poder compartir en otra ocasión como una de esas efímeras rutas, rutas de entretiempo que tanto les gusta a mis amigos los '*pisapraos*'.

Después de estos contratiempos, por fin llego a la cuerda y tomo el primer contacto visual con infinidad de montes escarchados y sus blancos escarpes. Ahora toca situarse para ver por qué itinerario seguir.

Veo la llanada a la izquierda que sigue de frente a un mocho. Su falda está llena de montones roqueros a modo de bloque errantes que he de sortear. Pero llego fácil a la cuerda de nuevo y la sorpresa habitual: Siempre que alcanzo un promontorio espero que sea el último, la cima, pero resulta que no es sino una precumbre. Es cuando se alarga a regañadientes el cresterío en busca del pico certero que se ve más allá, aunque ya se me había esbozado algo antes, pero quería que fuera eso, sólo una silueta.

No hay pega, porque cuando recuperamos el aliento, siempre queremos ir más allá. Viendo ahora a nuestra izquierda Picos de Europa y el cordal de Fuentes Carrionas con el Espigüete a su derecha, retomo un corto y llano paseo que me lleva a una colladina antes de atacar la falda cimera, pulida como si fuera nueva.

Llego derrengado (¡Vaya estallina!). A pesar del poco desnivel, la sujeción con el suelo helado me ha supuesto un esfuerzo adicional. Pero mereció la pena. Me encuentro con dos jorobas. Busco el buzón de cumbres que he visto en fotografías recientes y no aparece. Nada, que me hallo en un balcón casi en su estado elemental si no fuera por los dos mojones de sus sendas jibas.

No cabe en nuestros ojos la inmensidad que nos rodea. El paisaje me deja sin aliento. Me enfrento

mirando a los llamativos conos de Macizo de Mampodre y como las agujas del reloj, voy girando a la derecha, intentando interpretar en el magnífico horizonte, el sinfín de cotas que este claro día me ofrece. (*Cada pico que veo me trae un recuerdo, un sentimiento de cuando te buscaba y todas montañas llevaban tu nombre, recorriéndolas una a una, sin dar contigo.*)

Empiezo por la dominante Peña Corada y el cordal de Moro-Peña Rionda. También me aparece asomando en el mapa, a la derecha de La Polinosa, el Jano -o Jaido-, pero ahora no caigo cual es: no le pongo cara. Al fondo tengo la llanura de León a partir de la Camperona allá por Sabero. Acá, algo del embalse del Porma, el Susarón y detrás, Peña Forcada, de la ruta bomba del Cordal de la Dama de Arinteros.

Más lejos y a su diestra, Peña Galicia-Correcillas, el soberbio Bodón hasta los Altos de Vegarada... Y vuelta a la cercanía, San Justo, al que se le aparece detrás el Puerto de San Isidro con la Sierra de Sentiles, Peña Agujas, el Toneo y más a la derecha, el picudo Torres llamando la atención. ¡Anda, si entre el Toneo y el Pico Torres emergen Las Ubiñas!

Girando-girando, llega la estampa de los altos del Parque de Redes con los que tengo en trámite un ajuste de cuentas: tales como Peña El Viento o Canto del Oso no tengo el honor de conocerlos más que de oídas. Allá aparece el Mar Cantábrico, del que avistamos una extensa dimensión, desde el litoral de Llanes hasta Colunga.

Detrás de los cerros de la Sierra del Mongayu, entre La Bardera y el Remelendi, están algunos como La Carasca o Campigüeños -del Cordal del Ponga, allá por Caso-, otros con los que tengo cuenta pendiente. Más montes, al Nordeste, el osado Recuencu; el trapezoidal Tiatordos -la montaña perfecta- y su colindante Maciédome.

Por fin, El Ten y el Pileñes (*'buen par de peñes'*), que aunque siempre me han sido amables, sobre todo la esbelta redondez del Ten, el Pileñes es como la chica que nunca me sonrió y le tengo desahuciado. Y detrás de ellos, el afilado contorno de Picos de Europa -desde Santa María de Enol hasta Peña Santa (del Macizo Occidental) y de Torrecerredo a Torre Salinas pasando por La Palanca, El Llambrión y El Friero (del Macizo Central), míticos, pero donde el acercamiento a una cumbre nos va a comer una mañana entera, por lo que se suelen usar *refugios patera* para aprovechar las jornadas. Después, los surcarán los ágiles y privilegiados montañeros a lo que admiramos, pues parece que van en patines, deslizándose por las montañas.

Acá abajo el Puerto de Tarna parece un juguete, vigilado por el Abedular. Y entre los dominios de La Uña y el pantano de Riaño, al fondo, Cebolleda, Gildar, los Vallines..., resaltando el Coriscao, cuyo cordel sirve de nexo de Picos con la línea de cumbres de Fuentes Carrionas: dirección NE, sobresale nuestra piedra más preciada, el arrogante Espigüete, sede montañera que hoy cobra otra dimensión.

Pero todavía quedan cumbres de la Montaña Palentina: La Sierra de la Peña con Peña del Fraile, *mi primer 2000*, la Sierra del Brezo, con Peña Redonda, etc. Y acabando, ubico al Yordas -*mi mejor trofeo*- y Recabiellos hasta llegar de nuevo a los Mampodre, dominando y vigilando la verdura, hoy enharinada, de su Valle Riosol, donde las chimeneas de su caserío ahúman y Maraña no se ve por poco, aunque el cierzo aproxima el tañer de las viejas campanas.

Y más y más... Es pues un hartazgo de nombres inherente a este privilegiado paisaje donde vamos construyendo la propia topoguía de la montaña, como parte de esa inteligencia colectiva, en este caso, *topoguía colectiva*.

Es tal el empacho visual, coqueteando con las montañas, que de repente me entró ese mal de viajero romántico, el **Síndrome de Stendhal**, *Síndrome de Florencia*. Aunque no todos médicos están convencidos de su existencia, es un estado de malestar producido por sobredosis de belleza artística, consecuencia de la saturación de la capacidad humana para recibir, en tan poco tiempo, esa magnitud de impresiones.

Inventado o no, éste síndrome es el que nos produce a veces la reacción romántica ante la acumulación de belleza y la exuberancia del goce montañero, ver hasta el último rincón del esplendor que nos rodea. Se nos atestan los sentidos, se nos emborracha el juicio...

Por eso, esta es mi receta: **Montaña y monte** como tratamiento a la romántica añoranza, el antídoto a la desesperanza y porque la soledad sólo existe si no se tiene a quién contárselo.

Tras las reflexiones propias de este monologuista rutero, es la hora de bajar la caliza atajando por la vallina hasta que la senda si trifurca hacia el Valle de Las Cabañas, donde de repente, noté esa extraña sensación, mi *'sentido de la presencia ajena'*: Alguien merodeaba cerca. Aparecieron cuatro 'domingueros' luciendo sus coloridos trajes montañeros marca Lidl que se dirigían aquí mismo, al mágico rincón de las Lagunas Valdecarrín y las minas de mercurio Escarlati. Yo, con mi chaqueta mileurista en contraste con mi "piel tostada" les saludé efusivamente como si hiciera siglos no hubiera visto a persona alguna. Era la

consecuencia orgullosa de haberme cobrado hoy la última pieza de coleccionista, una ruta sonora donde se interpretan las serranías, el agua y a veces sus silencios, mientras mi sombra hace de sendero en este soleado día después de esta excursión de recogimiento interior. ¡Buen año montañero!

*Jose Antonio Bardasco* - (recorrepicos.com)